

Diablotexto *Digital*



**La representación de la realidad
concentracionaria de “Yo no invento
nada” (1944) de Max Aub**

***The representation of
concentration camps of “Yo no
invento nada” (1944) by Max Aub***

GAIA BIFFI

UNIVERSIDAD DE MILÁN / UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

gaia.biffi@unimi.it / gaia.biffi@usal.es

<http://orcid.org/0009-0006-3870-3854>

Fecha de recepción: 8 de junio de 2024

Fecha de aceptación: 16 de septiembre de 2024

Diablotexto Digital 16 (diciembre 2024), 214-238

<https://doi.org/10.7203/diablotexto.16.28977>

ISSN: 2530-2337



Licencia de reconocimiento de **Creative Commons** “Reconocimiento - No Comercial - Sin Obra Derivada



Resumen: En la encrucijada entre los avatares históricos de la Segunda Guerra Mundial y los itinerarios del exilio republicano español de 1939, uno de los intelectuales que mejor supo evidenciar las contradicciones entre el sistema de valores democráticos de matriz antifascista y la praxis de las potencias liberales occidentales fue Max Aub. El artículo se propone analizar la representación de la realidad concentracionaria francesa y norafricana realizada por Aub en tanto que espacio –factual y discursivo– donde dichas antinomias alcanzan su máximo nivel de problematicidad, particularmente, en el relato “Yo no invento nada” incluido en la colección *No son cuentos* (1944).

Palabras clave: exilio republicano; campos de concentración; antifascismo; literatura testimonial; Max Aub

Abstract: At the crossroads between the historical vicissitudes of the Second World War and the itineraries of the Spanish Republican exile of 1939, one of the intellectuals who was best able to highlight the contradictions between the democratic values of anti-fascist matrix and the praxis of the Western liberal powers was Max Aub. This article sets out to analyse Aub's representation of the French and North African concentration camps as a space where these antinomies reach their maximum level of problematicity, particularly in the short story “Yo no invento nada” included in the collection *No son cuentos* (1944).

Key words: Republican exile; Concentration camps; Antifascism; Testimonial literature; Max Aub



Max Aub: un intelectual exiliado frente a los conflictos del siglo XX

A la hora de referirse a las potencialidades críticas inscritas en el discurso de los intelectuales exiliados, Edward W. Said incide en la experiencia de la exclusión vivida por estos últimos en tanto que mecanismo propulsor de una visión global que, a su vez, determina una más refinada capacidad de entender la dinámica histórica y la significación política detrás de todo mecanismo de organización y estructuración del campo social:

Contemplas las situaciones como contingentes, no como inevitables; las ves como el resultado de una serie de opciones históricas llevadas a cabo por hombres y mujeres, como hechos de sociedad realizados por seres humanos, y no como realidades naturales o sobrenaturales, y por lo tanto, inmutables, permanentes e irreversibles. (1996: 70-71)

La dimensión activa y el sentido de ejemplaridad universal que Said le atribuye a semejantes instancias interpretativas resultan perfectamente visibles en “El turbión metafísico”, conferencia pronunciada por Max Aub el 5 de octubre de 1943 en el P.E.N Club de México, el destino definitivo de su destierro, y publicada en diciembre de aquel mismo año en el periódico *El Socialista* de México¹; en ello, el autor aludió sintomáticamente al hecho de que, “en nuestra época, el pacifismo es el más cruel de los engaños. Si un escritor se empeña en no ser hombre de su tiempo, sin vuelo necesario para serlo de todos, ni es hombre ni es escritor”. Situado en el contexto enunciativo de una Segunda Guerra Mundial en pleno desarrollo, exiliado republicano tras la guerra de España y heredero de un pasado familiar fraguado en una temprana experiencia de expulsión —al haber tenido que abandonar su París natal en el marco de la primera contienda mundial²—, para Max Aub el hecho de referirse a la paz global en tanto que “engaño cruel” implicaba, en primer lugar, comprometerse con dejar patente la naturaleza estructural de las causas de las conflagraciones bélicas que estaban

¹ Posteriormente editada en la colección miscelánea *Hablo como hombre* (Joaquín Mortiz, 1966).

² Explica Malgat que el cosmopolitismo cultural en el que transcurrió la infancia de Aub —al ser hijo de padre alemán y madre francesa— acabó siendo desvirtuado por las circunstancias bélicas que hicieron que la nacionalidad de Frédéric Guillaume Aub les convirtiera repentinamente, a él y a su familia, en enemigos del país galo, transformándolos de ciudadanos con plenos derechos a “seres indeseables” (2007: 30).



fracturando el curso de la Historia en el siglo XX, amén de las relaciones de poder que los alimentaban; no solamente para denunciar las variadas consecuencias de las violencias perpetradas —los muertos, los heridos, los mutilados, los torturados, los encarcelados—, sino también para desenmascarar las múltiples vertientes ideológicas que determinaban o vertebraban el carácter conflictivo de la época, “nuestra época”.

Desde la encrucijada entre su genealogía identitaria y la focalización de su presente, para Aub los aspectos que había que iluminar se concretaban en una serie de evidencias acerca de la existencia de una línea de continuidad entre la Guerra Civil Española y la Mundial. Y no solamente por la notoria configuración internacional de la primera que había sido plasmada, por un lado, a través del pacto de no-intervención anglo-francesa y, por otro lado, por la intervención decisiva de la Alemania de Hitler y del ejército de Mussolini a favor de los rebeldes españoles (Viñas, 2010: 65-66), sino que había una red de conexiones más profundas. Sin obviar las especificidades de cada una de las dos contiendas, explica Enzo Traverso que estaban ambas imbricadas en un mismo proceso global, un ciclo de enfrentamientos armados y de acciones de fuerza cuyo epicentro se encontraba en Europa: de ese modo, el concepto de “guerra civil europea” acuñado por el historiador italiano designa una etapa salpicada por revoluciones y contrarrevoluciones, conflictos de clase, políticas genocidas y guerras interestatales a menudo dirigida *contra* la población civil, tratándose de una etapa inaugurada ya en 1914 —el año del primer exilio de Aub— y de la cual el año 1939 —el segundo destierro del autor— llegó a ser un momento de transición fundamental (2010: 21-23).

En ese amplio panorama se insertaba también la paroxística mezcla entre abuso e ideología asociada al clima de xenofobia, antisemitismo y nacionalismo exasperado subyacente a las medidas de control de la presencia de extranjeros en territorio francés promovidas por el gobierno de Daladier —llegado al poder en 1938—, medidas que confluyeron, en primer lugar, en la concentración de los refugiados en campos improvisados en las playas próximas a la frontera pirenaica —Argelès-sur-Mer, Saint-Cyprien, Barcarès—, siendo individuos procedentes de varias naciones, pero pertenecientes todos al prisma de las



diásporas antifascistas, muchos de los cuales eran exiliados republicanos o integrantes de las Brigadas Internacionales que habían luchado en la Guerra Civil; el paso sucesivo fue, esencialmente, la construcción de campos de detención y de castigo, como el de Vernet d'Ariège que, tras la ocupación alemana y la instauración del Régimen de Vichy pasó a ser utilizado como estación de tránsito hacia los campos nazi (Traverso, 2010: 18-19). El laberinto concentracionario francés, por lo tanto, no solamente se inscribía en la genealogía de los posteriores campos de exterminio (López García, 2021: 13), sino que se configuraba como un proceso persecutorio de purificación del cuerpo nacional franco-germano de aquellos elementos diaspóricos concebidos como amenazas o elementos desestabilizadores (Naharro-Calderón, 2021: 40). Aun sin querer establecer equivalencias ontológicas entre las distintas tipologías de campos, y teniendo muy en cuenta los mecanismos de funcionamiento propios de cada uno de ellos, el hecho de centrarse en los vínculos ideológicos entre las dos guerras permite identificar la lógica de construcción de esos campos entendiéndolos como parte de una tendencia generalizada. Según Giorgio Agamben, no se trataba simplemente de “espacios exteriores” con respecto al orden legislativo normalizado —aunque estuviesen fuera de ello—, sino que se habían convertido en espacios emblemáticos del modelo de organización social de corte biopolítico adoptado por los Estados-naciones modernos en respuesta a una crisis duradera de sus mecanismos de estructuración política, estos últimos basados en el vínculo entre un territorio y un determinado ordenamiento jurídico —el Estado— y mediado por reglas automáticas de inscripción de la vida —el nacimiento—; una crisis amplificada precisamente a raíz de las tensiones que marcaron el devenir cronológico del siglo XX y sus consecuentes —y masivos— flujos de refugiados (2006: 220).

Como superviviente de la red represiva francesa en la que quedó atrapado desde abril de 1940 hasta agosto de 1942 tras una denuncia anónima transmitida al Ministerio Francés de Asuntos Exteriores³, para Max Aub, el carácter de

³ Explica Bernard Sicot que la denuncia fue transmitida por José Félix de Lequerica —embajador franquista en París— y que, como es sabido, estaba fundamentada en una serie de falsedades ya que se le acusaba de ser “israelita”, “comunista notorio y peligroso”, “alemán antifascista”, naturalizado español por un gobierno “rojo” en el “caos y desorden” de la Guerra Civil (2007:



sistematicidad biopolítica y el subsiguiente valor transnacional que Agamben individua en la realidad concentracionaria se habían justamente revelado como el ámbito en donde las dinámicas de injusticias y las prácticas deshumanizadoras que brotaban de la heterogénea constelación de conflictos de aquel siglo habían alcanzado su nivel extremo; o sea, donde la violencia política había adquirido los rasgos del Mal radical. De hecho, no parece casual que justo en las primeras líneas de “El turbión metafísico”, a la hora de recordar su llegada al continente americano, subrayara que “venía de las mesetas del Sahara, traspasado de cárceles y campos que la ceguera francesa fabricó para nosotros los españoles” (Aub, 2002: 47).

El universo concentracionario: del discurso periodístico al testimonio literario

En efecto, un año antes de la conferencia pronunciada en el P.E.N Club —otoño de 1942— escribió Aub un reportaje titulado “¡Yo no invento nada!” que, según Eloísa Nos Aldás, corresponde al primer texto redactado por Aub nada más llegar a México (2001: 151). Se publica en tres entregas en la revista *Todo* a partir de 1943: la primera el día 25 de marzo (núm. 498, p. 32), la segunda, el 1 de abril (núm. 499, p. 35), y, la tercera, el día 8 de ese mismo mes (núm. 50, p. 35). Basado en la experiencia del autor en el campo de Djelfa, el reportaje hace hincapié en la credibilidad de las palabras de Aub en tanto que conocedor directo de lo que se expone, como se nota a partir del fragmento que introduce el texto:

Queremos llamar la atención sobre estos artículos del escritor Max Aub, recién llegado a tierras mexicanas, porque son un retrato vivo de la vida en los campos de concentración europeos o norafricanos. El señor Max Aub vivió en uno de esos campos de concentración y nos relata, con espantosa desnudez, los sufrimientos de quienes en aquellos lugares sufren los tormentos de una vida que está muy en desacuerdo con la

398). Según Ignacio Soldevila, el 5 de abril, Aub fue detenido en el estadio Roland Garros para ser enviado, el 30 de mayo, en el campo de Vernet, del que salió a finales de noviembre gracias a las gestiones de Gilberto Bosques, cónsul de México en Marsella. Residió en esta ciudad hasta que, el 3 de septiembre de aquel mismo año, otra denuncia causó su detención y su segundo traslado al campo de Vernet (1999: 38-40). El 27 de noviembre fue embarcado en las bodegas del Sidi Aicha y llevado desde Port Vendrès hacia Argelia, y desde diciembre de 1941 hasta julio de 1942 permaneció en el campo de concentración de Djelfa hasta que consiguió salir del campo argelino en rocambolescas e inciertas circunstancias. El 10 de septiembre embarcó en Casablanca a bordo del Serpa Pinto y llegó a Veracruz el 1 de octubre de 1942 (Aznar Soler, 2023: 10).



época en que vivimos. Recomendamos muy especialmente a nuestros lectores estos relatos que, en su título, llevan toda su cruda verdad: “Yo no invento nada”, es decir, todo cuanto aquí leerá el curioso lector fue o es cierto. Estas notas se refieren a su estancia en Djelfa, Argelia, situada en las altas mesetas del atlas sahariano. (Aub, 2007a: 41)

Si se tiene en cuenta que una de las claves del discurso periodístico es la casi simultaneidad entre el momento de la escritura, la fase de difusión del mensaje y la época en la que ocurren los acontecimientos a los que se hace referencia, es evidente que estas palabras de Aub se revistieron en la época de una apremiante voluntad de intervención directa: informar a la comunidad receptora y denunciar lo que estaba pasando en aquellos espacios de violencia brutal, siendo este aspecto de pragmática política muy bien reflejado en la decisión de Aub de expresarse utilizando la primera persona plural (Simón, 2012: 52-53 y 57).

A este respecto, cobra mucha importancia el hecho de que, en realidad, la versión castellana de “¡Yo no invento nada!” no fue la primera que se publicó. Informa Patricia Pizarroso Acedo (2019: 465) que el texto aparecido en *Todo* — revista mexicana— había sido precedido por “Ich erfinde nichts” (“Yo no invento nada”), artículo editado en el número de noviembre-diciembre de 1942 de la revista alemana *Freie Deutschland* y anunciado en la portada como “Max Aub, Die Hoelle in Nordafrika” (“Max Aub. El infierno en el norte de África”). El cotejo entre las dos publicaciones no evidencia grandes diferencias, aunque, dentro de las pocas existentes, Pizarroso Acedo (2019: 465-466) señala que las más relevantes son tres: la primera es que el título del texto alemán no aparece entre exclamaciones. La segunda es que el traductor, Kurt Kersten, omitió que el comandante está sentado en su despacho “bajo los retratos de Petain y de Darlan” —dato que sí está presente en *Todo*—, y la última es que el mismo Kersten cambió la nacionalidad de uno de los encarcelados de Djelfa que pasa de ser yugoslavo a ser alemán. Al cabo de estas consideraciones, importa subrayar que el hecho de que este reportaje haya sido publicado primero en un medio de comunicación alemán enfatiza la significación transnacional de la resistencia republicana desde el laberinto concentracionario, contradiciendo la supuesta excepcionalidad de la historia republicana española con respecto a la de otros países e incorporando el deber moral asumido por el superviviente Aub



en un marco epistemológico “marcado por la universalidad de la violencia, el horror, la humillación y el deseo cosificador que supusieron los espacios de concentración” (Sánchez Zapatero, 2021: 176).

Ahora bien, las propias características de los campos de concentración plantean, de cara al compromiso contraído por los testigos, una serie de nudos problemáticos. Si por un lado, la cuestión de la sinceridad se antoja como decisiva —al tratarse de voces que intentan aportar informaciones sobre sucesos ocultados o manipulados por el poder— por otro, precisamente la magnitud de aquel horror determina el carácter inefable de la realidad concentracionaria y su consecuente imposibilidad de ser transmitida por medio del lenguaje referencial, amén de una cuestión de índole más bien general y que tiene que ver con la inevitable imprecisión de la memoria que, por su propia conformación y funcionamiento, nunca puede conllevar una reconstrucción exacta y fidedigna de la experiencia (Sánchez Zapatero, 2010: 114-116).

Dichas limitaciones implican y motivan la necesidad de emprender una búsqueda estética, de plasmar formas alternativas orientadas a dar cabida a una perspectiva extremadamente compleja: dicho de otro modo y, concretamente, en el caso de Aub, se trataba de poner en marcha un esfuerzo de compensación en aras de una representación del infierno concentracionario que cumpliera con el requisito de verosimilitud y, a la vez, fuese consecuencial con la responsabilidad de recuperar su propia memoria del Mal y otorgarle una función de incidencia político-social. En este sentido, su configuración como expresión única de un sujeto enunciante —atributo básico de cualquier testimonio— conlleva la superación del pacto de verosimilitud tradicionalmente entendido (Simón, 2012: 28-29) y se asocia a las potencialidades creativas del discurso literario, de la capacidad del escritor de ensanchar y flexibilizar las pautas expresivas referenciales por medio de un abanico más o menos amplio y variado de recursos estéticos. De ahí que la trascendencia derivada del artificio artístico, en opinión de Javier Sánchez Zapatero, derive de la aptitud de la actividad estética de condensar la experiencia humana y transmitir lo indecible mejor que lo referencial, lo cual conlleva la elaboración de una verdad “esencial” que, aunque no implique exactitud sí supone respeto a la tragedia ocurrida, amén de un



talante condenatorio hacia toda forma de barbarie (2010: 130-133). A raíz de estas constataciones, se puede comprobar cómo los campos franceses, en vez de espacios de disolución y de tránsito que carecen de valor analítico en la historia del exilio republicano español se ven transformados, por medio del discurso testimonial artístico-literario, en lugares de memoria colectiva, lugares fecundos para poner en marcha un proceso de recuperación de una perspectiva de futuro de reconstrucción verdaderamente democrática, como comenta Cate-Arries (2012: 32-33).

Todas estas vertientes se hicieron patentes en el momento en que Max Aub transfiguró el material discursivo de “¡Yo no invento nada!” en creación literaria. En el pasaje a “Yo no invento nada”, relato publicado por primera vez en *No son cuentos. Primera serie* (Fondo de Cultura Económica, colección Tezontle, 1944), trabajó Aub en la disolución de la dimensión autobiográfica y abrió el testimonio a una pluralidad de enfoques por medio de unos narradores y personajes que ya no se identifican con el escritor (Nos Aldás, 2011: 107). Entonces, el reportaje periodístico no corresponde propiamente a una primera versión, sino que Aub lo manejó como base para ser reelaborado en “Yo no invento nada”⁴, diversificando los ángulos de observación, centrándose en un colectivo heterogéneo y socialmente estratificado y, al mismo tiempo, acercándose a la dimensión de la tragedia humanitaria. Dicho de otra forma, asumiéndose el empeño de ahondar lo más posible en la complejidad de una realidad, como hemos visto, imposible de narrar.

“Yo no invento nada”: una visión caleidoscópica de la resistencia desde los campos franceses

Como es habitual en la narrativa aubiana acerca de los campos, en “Yo no invento nada” el escritor recurrió a la presencia de un narrador marco, un internado anónimo cuya enunciación se realiza en estilo indirecto libre hasta que da entrada al otro narrador, el también detenido Carlos Yubischek, que se

⁴ Además, parte del material confluído en “¡Yo no invento nada!” fue empleado por Aub para la redacción de “El limpiabotas del padre eterno”, incluido en la colección *Cuentos ciertos* (Antigua Librería Robredo, 1955).



expresa en estilo directo. A partir de ahí, la estructura del relato sigue unas pautas cuidadosamente configuradas: como explica Nos Aldás, al discurso de Yubischek se suman otras conversaciones en estilo directo, resultando todo acompañado de consideraciones del mismo Yubischek sobre lo que se cuenta y de comentarios del narrador extradiegético que, recalando los rasgos típicos del testimonio oral, aclara o enfatiza ciertos aspectos de la manera en la que el otro recuerda el pasado anterior a la detención o describe lo que acontece en los propios campos, llegando hasta a completar algunos huecos de la versión de su compañero (2011: 110-111).

En esta construcción dialógica es precisamente el punto de vista de Carlos Yubischek el que adquiere particular relevancia, y, por consiguiente, son su perfil y su historia los que señalan los aspectos sobre los cuales se fundamentó la voluntad de intervención social de Aub y, a la vez, la semántica que el escritor le atribuye a la reconstrucción de la memoria de los campos franceses. Se trata, en efecto, de un voluntario lituano de las Brigadas Internacionales, característica que, sumada a esa peculiar combinación entre un nombre español y un apellido del este de Europa⁵, contribuye a situar la mirada aubiana en el punto de intersección entre la causa republicana y la evolución geopolítica global. Es evidente que el periplo del lituano remite el alcance mundial de la resistencia antifascista abanderada por los republicanos al mismo tiempo que resulta funcional para dignificar la red de solidaridad internacional existente otorgándole visibilidad y dando cuenta de su presencia en la Historia. Recomponer la historia de Yubischek —y darle la palabra— funciona como

⁵ Un principio análogo respecto a la composición del nombre propio —y de la identidad cultural— de los personajes aparece en *Campo francés* (1965). La obra se centra en las peripecias de Julio Hoffmann, húngaro asentado en París y casado con María, ciudadana francesa. Tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial, Julio es apresado, trasladado al estadio del Roland Garros y sucesivamente al campo de Le Vernet, siendo estos dos espacios en los que confluyen las historias de un amplio colectivo de detenidos entrelazadas con la descripción de las condiciones del campo. Observa Claudia Nickel que la genealogía del propio Julio Hofmann —nacido en Hungría, residente desde hace veinte años en Francia y, además, con un nombre que suena a español, pero un apellido alemán— remite a una identidad imposible de encuadrar a través del gentilicio del Estado-nación, tal y como había sido la del propio Max Aub. No en vano, cuando la policía interroga a Julio tras su primera detención, es justamente el hibridismo identitario del personaje el factor que da pie a varios conflictos con las instituciones del Estado, y análogamente a Carlos Yubischek y al hermano de Julio, Juan Hofmann, quien se alista en las Brigadas Internacionales para luchar en la guerra de España, llegando posteriormente a ser detenido por las autoridades galas (2019: 301).



elemento reivindicativo de la labor realizada por una pluralidad de hombres de procedencias geográficas, culturales y lingüísticas muy variadas y de su empeño defensivo en pro de unos valores compartidos: la Liberté, la Égalité y la Fraternité, principios de convivencia democrática que la construcción de los campos de concentración estaba negando, habiéndose sustituido, como afirma López García, por “el encierro, la xenofobia clasista y la actitud hostil” (2021: 14).

Por otra parte, el pasado de Yubischek sirve para orientar los ejes ideológicos del relato hacia esa misma dirección. Se cuenta que en su país de origen había sido un ladrón y que, por esa razón, llega a ser detenido. Sin embargo, se añaden en seguida unos detalles fundamentales:

Tenía el mundo por muy mal repartido. Antes, nos dijo, todos los días eran malos. Paz y hambre [...]. Todo oscuro, nadie me ayudaba. No sé si el hambre tiene ojos o no, pero el estómago tiene voz y grita pidiendo alimento. No tenía más pensamiento que el hambre. Entonces el robar da fuerza y adquiere uno un cierto prestigio para consigo mismo. (Aub, 2020: 311)

Las condiciones de miseria y desamparo, si no justifican, por lo menos explican la actuación del personaje que, fundamentalmente, roba para sobrevivir, siendo esta una dinámica que arroja luz sobre su marginalidad y sobre la falta de ayuda por parte de un Estado que, en este caso, sencillamente, no existe para los estamentos más humildes de la sociedad. A partir de esa descripción, el problema de la desigualdad de clases se antoja como muy relevante en la representación de la realidad y de la contingencia histórica referidas por el autor. Pero aún más importante es la repercusión de la propia experiencia de la cárcel: el haber comprobado que “las cárceles estaban llenas de obreros sin trabajo y en las celdas nos apretujaron más y más” (Aub, 2020: 311) no es sino el primer punto de conexión entre las condiciones de vida del protagonista y la inmensa mayoría de los seres humanos en todo el mundo. Es a partir de ahora que las acciones de Yubischek asumen un valor cívico y una perspectiva social, afianzadas por el contacto con una categoría muy concreta de presos:

Pero aquel hombre siguió en sus trece y como tiempo no faltó, ni la inteligencia estaba embotada, tomole afición a las lecciones del bergante y abrió los ojos a los motivos primeros de su desgracia, Por aquel entonces, eran muchos los presos por razones llamadas políticas. El ladrón vislumbró un mundo mejor y se dio al trabajo sin renegar de



su pasado⁶. (Aub, 2020: 312)

El exladrón adquiere conciencia política al entender que su problemática situación es parte de un conflicto de alcance colectivo que depende de relaciones de dominio y de dinámicas de poder —“los motivos primeros de su desgracia”— y que, por consiguiente, solo se puede solucionar colectivamente: “—Desde entonces comprendí —nos decía— que debía dedicarme a algo que sirviera para los demás y se me quitó un peso de encima” (Aub, 2020: 312). A estas alturas, Yubischek entiende no solo la necesidad de un cambio de rumbo histórico, sino que adquiere fe en este cambio: entrevé, al alcance de las manos, “la posibilidad de un mundo mejor”. Es bajo estos presupuestos que su sentido de la justicia se consolida definitivamente confluyendo en una toma de postura a favor de la República española, representante de la esperanza democrática que estaba buscando. Por ende, se alista como voluntario:

Luego vino la guerra de España. Allí conocí hombres que sabían de verdad lo que querían [...]. De la calle, donde andaba tirado, me hicieron hombre. Un hombre que tiene su sitio entre los demás, y su tarea. He ganado un nombre, el de compañero. Nunca soñé llegar a tanto, porque cuando andaba perdido en las calles nada tenía fin y ahora voy por el camino del pan y de la libertad, y no solamente para mí, sino para millones de hombres que son mis compañeros. (Aub, 2020: 312)

En el momento en se produce la derrota de los republicanos en la contienda civil y empieza la guerra mundial, la narración de Aub y la lucha de Yubischek y de sus compañeros precipita —sin acabar del todo— en el laberinto concentracionario francés cuya “puerta de acceso” corresponde al buque Sidi

⁶ A este propósito se observan algunas similitudes entre el personaje de Yubischek y el Julio Hofmann de *Campo francés*; sin embargo, para este último, el cambio decisivo hacia un compromiso de solidaridad con los demás no se da antes de la detención, sino en el propio espacio concentracionario. Julio, tras haber vivido toda una vida regida en función de sus propios intereses, descubre —también en su caso, por medio del contacto con otros presos— la importancia de una perspectiva atenta a la problemática de la desigualdad social. Aún más interesante es el hecho de que Julio experimente este cambio cuando se da cuenta de que no está solo y, sobre todo, en el momento en que recibe un gesto de incomparable humanidad, esto es, en el momento en que unos compañeros, a través de las rejas de la celda de castigo, le pasan un salchichón: “CALABOZO. AMANECER Julio ve cómo pasa, poco a poco, un salchichón a través de la ventana enrejada. Va a caer a sus pies. Los ojos de Julio empapados de lágrimas. JULIO (a Leslau). No creas que lloro por el hambre. LESLAU. Ya lo sé. ¿Sabes cómo se llama esto? JULIO. Sí. (Pausa). Y por eso me siento ahora tan tranquilo. Poco a poco he ido notando como... como... ¿cómo decirlo? Como me ensanchaba. (Come, tras darle la mitad del salchichón a su compañero). Bah, me decía, es que te acostumbras a la vida de internado. No, no era eso. Es que iba perdiendo el miedo porque sentía que no estaba solo, que somos muchos” (Aub, 2018: 287).



Aicha que trasporta a los detenidos hacia Djelfa:

Fuimos entrando en la bodega del Sidi Aicha encadenados de dos en dos. Del vagón del ferrocarril a las entrañas hediondas del vapor anduvimos seis metros, ciegos, anonadados por la luz estallante de la lechada de los muros, el azul dorado del mar, el morado lejano de los Pirineos: España al alcance de la mano. Aquellas entrañas de hierro rezumbaban olor a caballos. Salimos de Port-Vendres al anochecer; ya enmarados nos quitaron las esposas. Yubischek pidió permiso para que nos dejaran subir al puente: ni siquiera le contestaron. Desde nuestra cueva no veíamos más que el relucir de las bayonetas de los infantes de marina sobre el cielo oscurecido. Debían avistarse las costas españolas; hubiésemos dado parte de nosotros mismos para verlas. (Aub, 2020: 314)

Las inhumanas condiciones de la travesía demuestran, como ilustra Sánchez Zapatero, que todos los espacios antecedentes al campo estaban configurados para crear una desigualdad total entre víctimas y verdugos: esto hacía que los primeros se percibieran a sí mismos como dependientes del arbitrio de los segundos, algo que se convertirá en norma cotidiana una vez ingresados en los campos (2014: 294). Merece la pena recordar que este pasaje no es sino una reelaboración de un episodio vivido por el mismo Aub, quien, el 27 de noviembre de 1941, fue embarcado precisamente en Port Vendres hacia las costas de Argelia en las bodegas del Sidi Aicha, un buque de carga destinado al transporte de animales (Aznar Soler, 2023: 9). A este respecto, cabe especificar que la expedición a la que fue incorporado el escritor, como afirma Sicot, estaba planeada para alejar del ya instaurado Régimen de Vichy a 76 “extranjeros indeseables” —38 alemanes, 14 exaustriacos, 8 húngaros, 4 exchecoslovacos, 1 apátrida, 8 rumanos y 3 españoles— enviándolos a un destino que presentaba todas las ventajas de la extraterritorialidad, encontrándose Djelfa lejos de los grandes centros urbanos y en una zona desértica (2007: 400-403). A la luz de lo que se ha explicado acerca del espacio concentracionario como práctica sistemática de exclusión social, la recreación literaria de este dato biográfico le sirvió a Aub para explicitar una evidencia: los campos de Francia y del Norte de África como el resultado de lo que Sánchez Cuervo define como las contradicciones del Estado de derecho tal y como había sido construido en el continente europeo a partir del siglo XVIII, el de la revolución francesa y de la Ilustración, es decir, como claves ideológicas de un mundo moderno y de su utopía de universalismo transnacional orientado a garantizar igualdad de derechos y una existencia digna a todos sus integrantes (2017; 209). En “Yo no



invento nada”, este proceso de problematización se articula en dos relaciones dialécticas: justicia-castigo y trabajo-explotación.

La primera brota de la denuncia de dos de los mayores padecimientos causados a los presos: el hambre y el frío. Las referencias a la inclemencia del clima —sobre todo, la relevante variación térmica entre el día y la noche— se debe, según Sánchez Zapatero, a la voluntad de hacer hincapié en las crueles condiciones en las que los internos estaban obligados a permanecer (2014: 284-285). En este ámbito, el concepto de administración de la justicia —teórico pilar de una sociedad moderna y civilizada— queda totalmente distorsionado por el encarnizamiento —“arrebatao de odio” (Aub, 2020: 314)— mostrado por parte de las autoridades del campo a la hora de mantener a los presos en un estado de aniquilación de su conciencia y de su voluntad, privándolos de cualquier posibilidad de reacción frente al poder que los estaba sometiendo. De ese modo, el ejercicio mismo de la justicia se ve pervertido por medio de las sistemáticas puniciones infligidas a quienes intentaban sobrevivir no ya solamente a condiciones de iniquidad social —el “mundo mal repartido” de Yubischek antes de la guerra—, sino directamente a una agresión abierta y repetida que avivaba la brecha entre dominadores y dominados por medio de formas de violencia y de sadismo aún más exasperados. Esto se ve muy bien el momento en que Carlos Yubischek es enviado al calabozo por haber intentado ayudar a un señor anciano con los pies helados:

Una noche le sorprendió Gravela quemando restos de la tomiza que servía para fabricar alpargatas frente a un viejo gallego que tenía los pies helados. Gravela sonrió, se frotó las manos, satisfecho, contentándose con pegarle un puntapié cuando recogía su manta y su cazo. —A Caffarelli. (Aub, 2020: 316)

Algo similar se produce cuando un detenido, consumido por la desnutrición, no ve otra solución que el humillante acto de buscar restos de comida en la basura y, por esta razón, se le castiga de la misma forma que al voluntario internacional:

—¿Por qué estás aquí? —Usted me mandó. —¿Cuándo? —Hace ocho días. —¿Por qué? —No sé —contesta el joven. Súbele al jefe el color hasta el vinagre, levanta la mano, cruza la cara del hombre con el cuero de la fusta. —¿Recuerdas ahora? —No, mi comandante. —Comía pieles de zanahorias recogidas en la basura, explica el tercer preso humildemente. (Aub, 2020: 319)

La opresión inscrita en la idea de castigo como única forma de mantener el



“orden” y garantizar el respeto de las normas que regían la cotidianidad en el campo se ve reforzada por la alusión a la disparidad de condiciones entre víctimas y responsables del campo —entre otras cosas, siempre bien abrigados y, por supuesto, ricamente alimentados—, disparidad que, comenta Sánchez Zapatero, se caracteriza por un proceso de continua degradación de la dignidad humana de los presos quienes no solamente quedaban privados del control sobre su propia vida —por consiguiente, despojados de sus identidades— y, como estamos viendo, humillados a través de una amplia gama de estrategias, sino que también estaban sometidos a un verdadero tratamiento animalizador, llegando a transfigurar las relaciones humanas en el ámbito concentracionario dentro de un sistema de dominación parecido al reinante entre los animales (2014: 307).

La propia reclusión en el campo, además, se configura como un mecanismo que contribuye a la perpetración de abusos por parte de las clases sociales hegemónicas con tal de que puedan mantener sus privilegios inalterados. Esto se ve en un pasaje en el que se expone la historia de un obrero denunciado falsamente como comunista por parte de su patrón para no tener que pagarle la indemnización que le correspondía por haber sufrido un accidente de trabajo:

—¿Por qué te trajeron aquí?—Me denunció mi patrón. Por no pagarme la indemnización que me debía. ¿Ves? Me faltan tres dedos de la mano derecha. Accidente de trabajo. Me denunció como comunista. Yo era más bien anti. Antes de que me trajeran aquí. Y tampoco les tenía mucha simpatía a los alemanes. Ya ves cómo cambian las cosas. (Aub, 2020: 321)

Es la explotación físico-material de los presos otra de las claves que consolida el funcionamiento de los campos. Esto se observa, por un lado, en la miseria en la que los internos llevan a cabo las mansiones que se les impone, y que se suma a la negativa por parte del mando de Djelfa de asegurarles unas mínimas condiciones de salubridad con tal de no perder ni una pizca de las riquezas acumuladas con el propio trabajo de los internos⁷:

⁷ A este respecto, cabe referirse a cómo evoluciona la representación de los maltratos sobre los presos a través de las peculiares herramientas estéticas empleadas en “Manuscrito cuervo”, aparecido por entregas en la revista *Sala de Espera* —ocupa las primeras dieciséis páginas de los números 24,25,26 y 27 del año 1950—, y publicado por primera vez en volumen en *Cuentos*



Del campo al fuerte hay dos kilómetros de fango helado. Cruzamos a los internados que en las riberas de El Oued trabajan en las fábricas de adobes. Cruzamos a siete forzados que arrastran, a lo mulo, la cuba del agua: —¿Sigue contaminada? —pregunto al médico.—Claro. Hace seis meses que el médico militar ha prohibido usar el agua del pozo y recomendado que se extraiga doscientos metros más abajo. No lo permite el mando; habría que pagar un árabe más que vigilara los de la cuba. No hay leña para hervir el agua y el cloro es caro, dicen. Se venció la epidemia de tifoidea con sólo quince muertos, lo cual para una población penada de más de mil hombres es un resultado excelente, dicen. (Aub, 2020: 317)

No faltan alusiones al hecho de que los presos estuviesen obligados a trabajar, estando así totalmente subordinados al afán de lucro de los comandantes. En el contexto de “Yo no invento nada” se describen a unos personajes y “la tenería que están construyendo para nuevo negocio del comandante [...] con apuros y fatigas, las manos vueltas hielo” (Aub, 2020: 321). En resumidas cuentas, se deja patente la única finalidad para la que estos personajes se ven obligados a trabajar: servir al provecho económico de la jerarquía represora.

Esa idea se reiteró en otro informe sobre el campo de Djelfa titulado “En un acto en contra del terror nazifascista. Marzo 1943” —otro texto que, como “¡Yo no invento nada!”, se caracterizaba por un objetivo básicamente documental y de denuncia—, en donde Aub explicó que “el trabajo consistía en muy diversas ocupaciones todas ellas remunerativas para el mundo” (2011: 400). Ahora bien,

ciertos. El texto de Aub se presenta como un manuscrito traducido por un tal Abén Máximo Albarrón —evidente deformación del nombre de Max Aub— y editado por J. R. Bululú —nombre que contiene la palabra “bulo”, es decir “mentira”, “embuste” y que, además, alude a la figura del farsante que recorría los pueblos representando comedias o entremeses (Bowie, 1999: 27)—. El manuscrito en cuestión corresponde a un supuesto tratado científico redactado en “lenguaje corvino” por Jacobo, investigador cuervo que se propone estudiar la conducta de los seres humanos internados en el campo de Le Vernet. Precisamente el recurso a un sujeto enunciativo inverosímil desmiente la credibilidad del contenido del manuscrito —junto con los guiños vehiculados por los nombres del editor y del traductor— y funciona como mecanismo desrealizador y distanciador que permite la contemplación de la radicalidad del horror, constituyéndose, de ese modo, como herramientas expresivas compensatorias frente a la inefabilidad de la experiencia concentracionaria (Bowie, 1999: 15; Greco, 2018: 417). Ahora bien, el filtro interpretativo extrañado de Jacobo transfigura por completo el real sentido de la explotación y de los atropellos infligidos a los presos, connotándolo con una semántica absurda. En particular, Jacobo percibe y, sobre todo, describe, el campo de Le Vernet no como un lugar de abuso, sino como un lugar formativo y un excelente centro cultural: “[...] graduarse en un campo de concentración no es fácil. Es uno de los centros culturales de mayor nombre y, quien ha pasado por él, tiene asegurado su porvenir. Los franceses lo crearon en 1939, para mayor aprovechamiento de los españoles [...]. Para impedir que los externos se mezclen con los escogidos han plantado alambradas alrededor de las numerosas barracas. [...]. Las visitas —aun de los familiares— está prohibida. Así los internados disponen de todo su tiempo para el trabajo”. En conclusión, y de acuerdo con Nickel, estas interpretaciones erróneas —percibidas por el lector como tales en el marco de la parodia de la investigación científica— subrayan con mayor énfasis y contundencia la crítica dirigida a la realidad de los campos de concentración (2019: 290-293).



“para el mundo” quiere decir para los pocos que dominan el mundo, no para los muchos que producen materialmente el progreso económico; unos muchos, en este caso específico, relegados además a los estratos más bajos de la jerarquía de la explotación, reducidos a poco menos que esclavos, pues, tal como confirma Aub: “ojalá hubiese sido esclavitud, porque en aquellas zonas todavía hay esclavos y nosotros tras las alambradas envidiábamos su suerte al verlos ir y venir” (2011: 401-402). En el informe, la intención de visibilizar todos estos aspectos se tiñe de una vertiente de pragmática discursiva aún más acuciante a la hora de establecer un vínculo entre el aprovechamiento de los detenidos —y del rendimiento económico que proporcionaban— y la conducta política de las potencias aliadas: el silencio o la indiferencia de estas últimas han dejado paso a responsabilidades concretas:

El general Giraud se empeña en no derogar las leyes de Vichy, se empeña en guardar a los españoles prisioneros y a los de las Brigadas Internacionales exclusivamente para seguir teniendo obreros gratis, posibles soldados que no huyan ante los tanques de Rommel y, sobre todo, por espíritu reaccionario y miedo a la revolución democrática contenida en la Carta del Atlántico. (Aub, 2011: 404)

En este sentido no es solo el papel de Francia lo que se cuestiona, sino también el de Estados Unidos y de Gran Bretaña, con la intención de desentrañar las manipulaciones ideológicas forjadoras de su imagen como supuestos defensores de las libertades, la paz, y los derechos humanos en todo el mundo. Lo que Aub ponía en entredicho era la hipocresía ocultadora de los puntos de convergencia entre el totalitarismo de las potencias del Eje y el liberal-capitalismo de los aliados, dos modelos políticos en los que los intereses de las clases dominantes —en distintos grados y recurriendo a medios diferentes— estaban y están reñidos con los valores de justicia social defendidos por los republicanos españoles y por los internacionales antifascistas en la guerra de España:

¿Cuántos meses hace que han desembarcado los norteamericanos y los ingleses en Argelia? ¿2,3,4,5,6? [...]. Han llegado, están allí. ¡Y los nuestros siguen en los campos! Hay que haber vivido la tremenda esperanza que reinaba en los campos de África, hay que haber sido forzado, para representarse lo que puede suponer la ilusión, el entusiasmo, la fe con las cuales seguíamos las ofensivas inglesas a través de Libia [...]. Lo que ninguno se atrevió a predecir, por muy pesimista que fuera, y si alguno lo hubiese sido le hubieran lapidado, lo que ninguno se atrevió a pensar, a suponer, es que a los cuatro meses de estar los americanos en Argel los nuestros siguieran en los campos. Cuando yo, a las tres semanas del desembarco presentaba mis dudas a un norteamericano, éste me contestó, muy indignado. —¡Usted, no conoce a los



norteamericanos! Entonces ¿para qué haríamos la guerra? (Aub, 2011: 403)

Con todo, en “Yo no invento nada”, la violencia perpetrada sobre los presos encuentra su contrapunto —como comenta asimismo Sánchez Zapatero (2014: 296)— en la actitud de Carlos Yubischek, simbolizada por la eterna sonrisa que adorna su rostro, hasta el punto de que “no tenía por desdicha su suerte, ni se lamentaba de su cautiverio” (Aub, 2020: 313). Estos gestos y comportamientos no indican ni una aceptación pasiva de los abusos del poder ni resultan funcionales a dispensar a las autoridades del campo de sus culpas, sino que, por el contrario, ensalzan la tenacidad de la resistencia republicana frente al horror concentracionario, como se ve confirmado, en particular, por dos episodios. El primero, un diálogo, una confrontación directa entre el voluntario y el militar encargado del fichaje de los presos: “Preguntole un día un capitán de la Oficina de Información: —¿Tú eres comunista? —Ustedes me han hecho. —¿Qué quieres decir?—No lo era. Pero lo que he visto me ha convertido. Así ganó el ir a África en la primera remesa” (Aub, 2020: 313). Las respuestas de Yubischek resultan relevantes por lo menos por una razón: el acento puesto en este “ustedes me han hecho” orienta la atención hacia los agentes de la Historia, es decir, las conexiones entre pasado y presente se presentan delineando una dinámica de conquista de la hegemonía en la que las instancias dominadoras no están movidas por ideas, sino solamente por intereses personalistas. Paralelamente, sostener que “lo que he visto me ha convertido” enfatiza la voluntad de volver a llamar la atención sobre un escenario social injusto fruto de dinámicas estructurales bien determinadas y de responsabilidades concretas y contingentes.

Asimismo, en las secuencias finales del relato, el comandante, nada más entrar en el calabozo donde permanece recluido Yubischek, asevera que “el alemán es la lengua del porvenir” (Aub, 2020: 322) en una evidente alusión del autor al afán expansionista del Tercer Reich. Pero el detenido, a pesar de encontrarse al borde de la muerte, “acostado sobre el cemento frío, respiraba con dificultad [...] añadió en español, que era la lengua universal en que se entendían los voluntarios: —No podrán con nosotros” (Aub, [1944] 2020: 322). En el contexto de la claudicación del institucionalismo democrático primero y



luego del colaboracionismo de Vichy, las palabras de Yubischek —en la lengua que, contrapuesta al código expresivo de los nazi-fascistas, encarna la dignidad humana y los principios de la justicia social— constituyen, como es de suponer, una esperanza viva y activa que no se resigna ante la derrota militar y reafirma el valor global de sus principios éticos y de su proyecto político. Así es que Carlos Yubischek, “el internacional que aún tiene fuerza para sonreír” (Aub, 2020: 320), viene a ser figuración literaria que sobrepasa el caso singular y se hace paradigma del coraje y de la envergadura moral de todos los refugiados que seguían —y seguirán— resistiendo en condiciones degradantes en el marco de Estado-naciones que los consideraban “excedencias” o, retomando el título de Arthur Koestler, “escorias de la tierra”⁸.

Es aún más interesante observar cómo el potencial crítico que subyace a la creación de este personaje de Aub culmina en el desenlace de la narración. Al enterarse de la muerte de Carlos Yubischek, Gravela, el ayudante del comandante, pronuncia una frase muy emblemática dirigida a los compañeros del detenido: “—Supongo que no olvidaréis lo que le ha sucedido al cochino pequeñarra ese” (Aub, 2020: 322). El sentido literal de esa afirmación, el nivel interpretativo más inmediato, corresponde a la acepción marcada por el carcelero refiriéndose a sus víctimas. Es decir, la muerte del preso entendida como castigo ejemplar o, dicho de otro modo, la actitud de Yubischek como modelo negativo que hay que evitar para no terminar como él. Sin embargo, esta misma frase parece ocultar una semántica que trasciende el plano narrativo y

⁸ El mismo talante alabado por Aub en *En un acto contra el terror nazifascista*: “En estas condiciones, ¿Cuál es el espíritu de nuestros compatriotas? Entre tantos sufrimientos, privaciones, ¿están abatidos, desechos, pidiendo clemencia? Los muchos españoles que aquí me oyen saben que no es así. Se nos dijo resistir y hemos cambiado un poco la palabra, en los campos ya no se resiste, se aguanta. Reconozco que aguantar los campos con los norteamericanos en sus puertas es más difícil que cuando estaban los esbirros de Vichy. Pero estoy seguro de que aguantan”(2011: 405) .La actitud descrita refleja la postura mantenida por Aub durante su exilio francés: las reiteradas intenciones de quedarse en Europa —el autor tomó la decisión de no irse a América a finales de 1939 y aun disponiendo de un visado facilitado por el cónsul mexicano Gilberto Bosques, rechazó nuevamente esta posibilidad en 1941—, la colaboración con la intelectualidad gala antifascista, la cooperación con el Emergency Rescue Committee —organismo de ayuda a los refugiados republicanos españoles gestionado por Margaret Palmer—, los contactos con la Resistencia francesa cuando estaba en libertad, y, finalmente, la intensa actividad cultural encerrado en Djelfa (Aznar Soler, 2023: 8-9). Explica Sicot que allí el escritor dio clases de alfabetización y organizó actos de resistencia junto con los otros presos para celebrar fechas simbólicas de la memoria republicana (2007: 414).



establece un diálogo entre Max Aub y sus lectores. Como se aludía antes, si entendemos la representación del voluntario de las Brigadas Internacionales como ejemplo de ética política, la invitación a “no olvidar su muerte” se convierte en un llamamiento global a seguir luchando contra los mecanismos opresivos y represivos vinculados a la instauración y al funcionamiento del engranaje concentracionario. Sobre todo, contra la red de complicidades políticas y la indiferencia civil que posibilitaban su existencia en tanto que sistema de “gestión y organización social” destinado a sujetos o colectivos marginalizados o rechazados por el orden hegemónico. Esto último constituye un nudo problemático que, desde la perspectiva del exilio republicano español, se mantuvo vigente, en lo esencial, tras los acuerdos de paz firmados después de la Segunda Guerra Mundial y la derrota –a nivel militar– del nazifascismo, confirmado por la reiterada presencia del propio motivo concentracionario en la sucesiva producción literaria de Aub.

En efecto, la pragmática de resistencia plasmada en el relato protagonizado por Yubischek llegó a vertebrar la redacción del ya citado “El limpiabotas del padre eterno”. También en este caso, el sentido coral del testimonio se complementa con las implicaciones ético-estéticas derivadas de la especial relevancia otorgada a la historia de un detenido en particular, Juan Domínguez —apodado “el Málaga”—, un limpiabotas de veinte años caracterizado por una forma de retraso mental⁹ y cuya genealogía delinea una infancia transcurrida en Madrid, el peregrinaje por Valencia y Barcelona durante la Guerra Civil, la huida a Francia y el paso por los campos de Argelès, Gours, Vernet y Djelfa. No es secundario observar que una de las más evidentes afinidades entre Yubischek y el Málaga es justamente la carga simbólica

⁹ Siguiendo un principio similar a la focalización narradora representada por el cuervo Jacobo, el uso de un narrador mentalmente discapacitado —sujeto sospechoso para testificar la realidad— supone, según Naharro-Calderón, la elaboración de significados inesperados o, mejor dicho, de un código interpretativo y referencial fundamentado en una nueva combinación arbitraria —explícitamente degradada— que acentúa el carácter sistemático del entorno concentracionario y recalca la denuncia de la total falta de garantías socio-política (2017: 125-126). Por otro lado, cabe especificar que, igual que en el caso de “Yo no invento nada”, la perspectiva del “Málaga” se ve interconectada a otras tres diferentes instancias narrativas: una voz omnisciente, dos cartas de Juanito Gil y algunos pasajes del diario de Celestino Grajales, siendo estos últimos dos detenidos de Djelfa que hacen de narradores homodiegéticos. Este mecanismo permite aperturas semánticas adicionales y enriquece el texto de múltiples reflexiones críticas.



atribuida a la actitud de los personajes en el campo. Pero, mientras que Yubischek no pierde nunca su sonrisa, el “Málaga” pasa por un itinerario más complejo. Al principio de la guerra de España, pese al empeoramiento de la situación, se refiere que “todo le sonreía y él sonreía siempre. El mal, como no fuese la papanduja colorada del padrastro de su amigo, pocas veces de la cara y a nuestro mozuelo, en este y en otros casos, le parecía bien” (Aub, 2022: 272). Incluso en el momento en que es arrojado en el laberinto concentracionario se insiste en que “nadie sabe qué hacer. Nadie, menos el Málaga, feliz en la playa de Argelès. Aquello está lleno de gente y al Málaga le gusta la compañía” (2022: 282). El sometimiento del limpiabotas al proceso de deshumanización puesto en marcha por las autoridades de los campos hace que el talante del protagonista se tuerza progresivamente: “Un senegalés le ha pegado una paliza de órdago al Málaga. [...]. Y se va triste a recorrer la playa. Ya no es el mismo de hace tres o cuatro días. Las palizas le han dolido horrores” (2022: 289-290). Sucesivamente, se produce el punto de inflexión decisivo: “Se pasaba casi todo el día tumbado en la arena, sin pensar en nada. Dio con su esqueleto maltrecho en Gurs; luego lo trasladaron a Vernet d’Ariège. Allí empezó a perderse por completo. Luego lo llevaron al África, a las marchas del Sahara” (2022: 295).

De nuevo, el objetivo principal del recorrido experimentado por el protagonista no es transmitir una idea de irremediable derrumbe, sino otorgarle plena centralidad a la descripción de la violencia bestial del laberinto concentracionario¹⁰. En este sentido —y a diferencia del caso de Yubischek—, el hecho de remarcar las etapas del aniquilamiento del “Málaga” se debe, con toda probabilidad, a la contingencia histórica en la que Aub escribió y publicó “El limpiabotas del padre eterno”. En 1955, el año en que la ONU aprobó la admisión de la España de Franco, Aub respondió forjando en la experiencia del “Málaga” una instancia que, en el proceso de refundación de una nueva razón crítica global tras la segunda postguerra mundial, estaba quedando aplazada indefinidamente:

¹⁰ Prueba de esto es la secuencia final del relato, ya que justamente el momento de la muerte del “Málaga” coincide con la recuperación de una perspectiva de sublimación moral. Frente al cadáver del joven: “—Il sourit encore, ce cochon... decía Gravela a Ahmed, sin ver que a este, de pie, un paso atrás, le asomaban lágrimas en los ojos. Era un hilo y sonreía, no le cabía más que la sonrisa. Horrendo de delgado, con los ojos abiertos, brillantes y salidos como birlas, las mejillas hundidas, abría su cajón a los pies del Padre Eterno” (Aub, 2022: 334).



como se aludía antes, la superación de los procesos de exclusión sufridos por los refugiados republicano encerrados detrás de las alambradas. Poner el acento en la progresiva destrucción física y psicológica del limpiabotas, plasmar imágenes y situaciones narrativas a través de las cuales se explicita su dolor y su humillación, fomenta la identificación de los lectores con el personaje para que sea posible comprender la injusticia inscrita en la lógica de deshumanización de aquellos campos (Nos Aldás, 2001: 200), una injusticia de la que ninguna de las potencias ganadoras de la Segunda Guerra Mundial quiso hacerse cargo. Una injusticia que quedó sin víctimas y sin culpables a raíz de la aceptación de la dictadura de Franco en la ONU; una injusticia que el propio acto de escritura y de publicación de “El limpiabotas del padre eterno” ponía frente a los ojos del mundo por ser una entre las diferentes aplicaciones fenomenológicas del fundamentalismo excluyente y de la lógica biopolítica subyacentes a la universalidad concentracionaria en su conjunto. De ahí el valor de ejemplaridad contrahegemónica y el alcance educativo que la narración aubiana de los campos franceses adquirió en aquella renovada coyuntura histórica. En el marco del definitivo abandono de los republicanos españoles por parte de los aliados y de la estabilización del régimen de Franco al amparo de la gran potencia estadounidense, la radical marginalidad del intelectual exiliado Max Aub —su colocación periférica respecto al discurso dominante acerca de la realidad global y del desarrollo histórico del siglo XX— agudizaron su ya notable lucidez crítica y amplificaron su capacidad para observar, registrar y denunciar la persistencia de las ideologías excluyentes y de los mecanismos biopolíticos que se acaban de mencionar. Como sostiene Nahharro-Calderón (2019: 127), en “Manuscrito Cuervo”, se alude irónicamente a la perdurabilidad y a la resiliencia del sistema concentracionario en el momento en que Jacobo afirma que “es únicamente como curiosidad bibliográfica y recuerdo de un tiempo pasado que, a lo que dicen, no ha de volver, ya que es de todos bien sabido que se acabaron las guerras y los campos de concentración” (Aub, 2022: 183)¹¹. No es menos

¹¹ Por otro lado, cabe observar cómo, por medio del enfoque proporcionado por el cuervo Jacobo, se establezca una identificación total entre el campo de Le Vernet y el mundo ya que el estudio del género humano coincide con la observación de los presos en Le Vernet: “El campo en el Manuscrito cuervo de Max Aub, más bien forma el espejo ustorio, el reflejo concéntrico y



significativo que en la nota introductoria de la segunda edición de *Morir por cerrar los ojos*¹², publicada en 1966, Aub aludiera a que “ya no hay campos de concentración en Francia, en Alemania, en la URSS, en Italia, pero no estoy seguro de que no existan en otras partes” (2007b: 84). La duda inscrita en esta reflexión define el valor activo y la voluntad de trascendencia del legado intelectual aubiano, plasmando un mensaje de indudable actualidad: la necesidad de desconfiar de las tendencias esencialistas y uniformadoras vinculadas al afán autolegitimador del poder —y justificadoras de su violencia excluyente—, contraponiendo a estas últimas una mirada superadora de las fronteras geográficas orientada, en última instancia, a formular un frente común de resistencia en aras de un futuro de coexistencia democrática que sea efectiva y duradera.

BIBLIOGRAFÍA

- AUB, Max (2022). *Cuentos ciertos*. Edición de Eugenio Maggi. Madrid: Cátedra.
- AUB, Max (2020). *Yo no invento nada. Relatos de El laberinto mágico. Cuentos completos I*. Prólogo de Eloy Tizón. Madrid-Granada: Cuadernos del Vigía.
- AUB, Max (2018). *Campo francés*. Prólogo de Carmen Valcárcel. Madrid-Granada.
- AUB, Max (2011). *El limpiabotas del padre eterno*. Estudio introductorio y notas de Eloísa Nos Aldás y Javier Lluch-Prats. Segorbe: Fundación Max Aub.
- AUB, Max (2007a). *Los tiempos mexicanos de Max Aub. Legado periodístico 1943-1972*. Edición de Eugenia Meyer. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- AUB, Max (2007b). *Morir por cerrar los ojos*. Edición de Carmen Venegas Grau. Sevilla: Renacimiento.
- AUB, Max (2002). *Hablo como hombre*. Introducción y notas de Gonzalo Sobejano. Segorbe: Fundación Max Aub.
- AZNAR SOLER, Manuel (2023). “Introducción a los diarios de Max Aub”. En Max Aub, *Diarios 1939-1972*. Sevilla: Renacimiento, pp. 7-52.
- CATE-ARRIES, Francie (2017). “Los campos de concentración en Francia, entre las ruinas de la historia y la reconstrucción de la memoria democrática”. En Mari Paz Balibrea (ed.). *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*. Madrid: Siglo XXI, pp. 549-556.

concentrador de la sociedad de esa época en general: un campo de concentración” (Ette, 2005: 191).

¹² Drama publicado originariamente en 1944 y ambientado en Francia entre mayo y julio de 1940 de manera que la narración se contextualiza en el marco de la ocupación de la Alemania y la firma del armisticio con Pétain.



- CATE-ARRIES, Francie (2012). *Culturas del exilio español entre las alambradas. Literatura y memoria de los campos de concentración en Francia, 1939-1945*. Barcelona: Anthropos
- ETTE, Ottmar (2005). "Entre homo sacer y homo ludens: El Manuscrito Cuervo de Max Aub". En Omar Ette, Mercedes Figueroas, Joseph Jurt (eds.). *Max Aub-André Malraux: Guerra Civil, Exilio y Literatura/ Guerre Civile, Exile, Littérature*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/ Vervuert, pp. 177-200.
- GRECO, Barbara (2016). "Per un primo approccio all'antifavolistica moderna di Max Aub: *Manuscrito cuervo*". En Orietta Abbati (ed.). *Intrecci romanzi. Trame e incontri di culture*. Torino: Nuova Trauben, pp. 159-168.
- LÓPEZ GARCÍA, José Ramón (2021). "Introducción". En José Ramón López García (ed.). *Escrituras del exilio republicano de 1939 y los campos de concentración*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, pp. 11-35.
- MALGAT, Gérard (2007). *Max Aub y Francia o la esperanza traicionada*. Sevilla: Renacimiento.
- NAHARRO-CALDERÓN, José María (2021). "Perspectivas transnacionales en los campos de concentración franceses". En José Ramón López García (ed.). *Escrituras del exilio republicano de 1939 y los campos de concentración*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, pp. 39-73.
- NAHARRO-CALDERÓN, José (2019). "Old camps, new concentrations. 1939 Spanish republican exclusions and today's refugees", *Hispania Nova. Revista de historia contemporánea*, n.º 1 (extraordinario), pp. 100-135.
- NAHARRO-CALDERÓN, José (2017). *Entre alambradas y exilios. Sangrías de las Españas y terapias de Vichy*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- NICKEL, Claudia (2019). *Los exiliados republicanos en los campos de internamiento franceses*. Sevilla: Renacimiento.
- NOS ALDÁS, Eloísa (2011). "Estudio introductorio". En Max Aub, *El limpiabotas del padre eterno*. Segorbe: Fundación Max Aub, pp. 27-225.
- NOS ALDÁS, Eloísa (2001). *El testimonio literario de Max Aub sobre los campos de concentración en Francia (1940-1942)*. Tesis doctoral. Castellón. Universitat Jaume I. Disponible en <https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/10448/eloisanos.pdf?sequence=1&isAllowed=y> [Fecha de consulta: 20 de mayo de 2024].
- PÉREZ BOWIE, José Antonio (1999). "Introducción". En Max Aub, *Manuscrito cuervo. Historia de Jacobo*. Segorbe: Fundación Max Aub, pp. 11-41.
- PIZARROSO ACEDO, Patricia (2019). *Culturas del exilio. Las revistas culturales del antifascismo alemán, austriaco, catalán y español en México*. Tesis doctoral. Alcalá de Henares. Universidad de Alcalá de Henares. Disponible en <https://ebuah.uah.es/dspace/handle/10017/45187> [Fecha de consulta: 25 de junio de 2024].
- SÁNCHEZ CUERVO, Antolín (2017). "Exilio y Estado". En Mari Paz Balibrea (ed.). *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*. Madrid: Siglo XXI, pp. 203-209.
- SÁNCHEZ ZAPATERO, Javier (2021). "Testigos, víctimas y supervivientes en la literatura concentracionaria del exilio republicano". En José Ramón López García (ed.). *Escrituras del exilio republicano de 1939 y los campos de concentración*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, pp. 175-190.
- SÁNCHEZ ZAPATERO, Javier (2014). *Max Aub y la escritura de la memoria*. Sevilla:



Renacimiento.

- SÁNCHEZ ZAPATERO, Javier (2010). *Escribir el horror. Literatura y campos de concentración*. Barcelona: Montesinos.
- SICOT, Bernard (2007). "Max Aub en Djelfa: lo cierto y lo dudoso (28 de noviembre de 1941-18 de mayo de 1942)", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. LV, n.º 2, pp. 397-434.
- SIMÓN, Paula (2012). *La escritura de las alambradas. Exilio y memoria en los testimonios españoles sobre los campos de concentración franceses*. Vigo: Academia del Hispanismo.
- SOLDEVILA DURANTE, Ignacio (1999). *El compromiso de la imaginación. Vida y obra de Max Aub*. Segorbe: Fundación Max Aub.
- TRAVERSO, Enzo (2010). "El año 1939. Momentum de la Guerra Civil europea". En Francesc Vilanoca i Vila Abadal y Pere Ysàs i Solades (eds). *Europa, 1939. El año de las catástrofes*. Valencia: Universitat de Valencia, pp. 19-31.